

meros dias de julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó solo en Manzanal la segunda division, compuesta de cerca de 6000 hombres á las órdenes del mariscal de campo Don Rafael Martiengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1000 hombres á las del marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fué á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera al mando del brigadier Don Francisco Riquelme sirviendo como de reserva, y constando de 5000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division, acaudilladas por el gefe de escuadra Don Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia que guiaba el conde de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15,000 hombres, la cual formaba con la de Cuesta un total de 22,000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavia con su humilde y tosco traje, y no llegaban á 500 los ginetes. Reunidos ambos generales, tomó el mando el de Castilla como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellas la conveniente armonia. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase este de que un ge-

neral nuevamente promovido y por una autoridad popular pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero por desgracia sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando, y sobre todo, ser su dictámen el que con mas gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso, según hemos visto, á salir de Benavente ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles, quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessieres. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, lengua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12,000 infantes y mas de 1500 caballos: superior en número el de los españoles, era inferiorísimo en disciplina, pertrechos, y sobre todo, en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército tan novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, si no del todo manifiesta todavia, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake en la tarde del 13 al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de

Cuesta, y juntos se contentaron con reconocer el camino que va á Valladolid, persuadido el último que por allí habian de atacar los franceses. A esto se limitaron las medidas previamente combinadas.

Volviendo Don Joaquin Blake á su campo, preparó su gente, reconoció de nuevo el terreno, y á las dos de la madrugada del 14 situó sus divisiones en el parage que le pareció mas ventajoso, no esperando grande ayuda de la cooperacion de Cuesta. Empezó sin embargo este á mover su tropa en la misma direccion á las cuatro de la mañana; pero de repente hizo parada, sabedor de que el enemigo avanzaba del lado de Palacios á la izquierda del camino que de Rioseco va á Valladolid. Advertido Blake, tuvo tambien que mudar de rumbo y encaminarse á aquel punto. Ya se deja discurrir de cuánto daño debió de ser para alcanzar la victoria movimiento tan inesperado, teniendo que hacerse por paisanos y tropas bisoñas. Culpa fué grande del general de Castilla no estar mejor informado en un tiempo en que todos andaban solícitos en acechar voluntariamente los pasos del ejército frances. Cuesta, temiendo ser atacado, pidió auxilio al general Blake, quien le envió su cuarta division al mando del marques de Portago, y se colocó él mismo con la vanguardia, los voluntarios de Navarra y primera division en la llanura que á manera de mesa forma lo alto de una loma puesta á la derecha del camino que media entre Rioseco y Palacios, y á cuyo descampado llaman los naturales campos de Monclin. Cons-

taba esta fuerza de 9000 hombres. No era respetable la posicion escogida, siendo por varios puntos de acceso no difícil. Cuesta se situó detras á la otra orilla del camino, dejando entre sus cuerpos y los de Blake un claro considerable. Mantúvose así apartado por haber creído, segun parece, que eran franceses los soldados del provincial de Leon que se mostraron á lo lejos por su izquierda, y quizá tambien llevado de los zelos que le animaban contra el otro general su compañero.

Al avanzar dudó un momento el mariscal Bessieres si acometeria á los españoles, imaginándose que eran muy superiores en número á los suyos. Pero habiendo examinado de mas cerca la extraña disposicion, por lo cual quedaba un claro en tanto grado espacioso, que parecian las tropas de su frente mas bien ejércitos distintos que separados trozos de uno mismo y solo, recordó lo que habia pasado allí en Cabezon, y arremetiendo sin tardanza, resolvió interponerse entre Blake y Cuesta. Habia juzgado el franceses que eran dos líneas diversas, y que la ignorancia é impericia de los gefes habia colocado á los soldados tan distantes unos de otros. Difícil era por cierto presumir que el interes de la patria, ó por lo ménos el honor militar, no hubiese acallado en un dia de batalla mezquinas pasiones. Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de campaar por sí solo y acudir al remedio de la derrota, luego que hubiese visto destrozado en parte ó por lo ménos muy comprometido á su rival.

No era dado á su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y aun temerario de tal empresa. De su lado Blake hubiera obrado con mayor prudencia, si conociendo la inflexible dureza de Cuesta, hubiese evitado exponerse á dar batalla con una parte reducida de su ejército.

Prosiguiendo Bessieres en su propósito, ordenó que el general Merle y Sabathier acometiesen, el primero la izquierda de la posición de Blake, y el segundo su centro. Iba con ellos el general Lasalle acompañado de dos escuadrones de caballería. Resistieron con valor los nuestros, y muchos, aunque bisoños, aguantaron la embestida como si estuvieran acostumbrados al fuego de largo tiempo. Sin embargo, el general Merle encaramándose del lado del camino por el tajo de la meseta, los nuestros comenzaron á ciar, y á desordenarse la izquierda de Blake. En tanto avanzaba Mouton para acometer á los de Cuesta, é interponerse entre los dos grandes y separados trozos del ejército español. A su vista los carabineros reales y guardias de Corps, sin aguardar aviso se movieron, y en una carga bizarrísima arrollaron las tropas ligeras del enemigo, y las arrojaron en una torrentera de las que causan en aquel país las lluvias. Fué al socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, y nuestros ginetes, cediendo al número, se guarecieron de su infantería. Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, lidiando este bravamente y cuerpo á cuerpo

con varios soldados del ejército contrario. Arreiciando la pelea, se adelantó la cuarta división de Galicia, puesta ántes á las órdenes inmediatas de Cuesta con consentimiento de Blake. Dicen unos que obró por impulso propio, otros por acertada disposición del primer general. Iban en ella dos batallones de granaderos entresacados de varios regimientos, el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los que se agregaron algunos bisoños, entre otros el de Covadonga. Arremetieron con tal brío, que fueron los franceses rechazados y deshechos, cogiendo los nuestros cuatro cañones. Momento apurado para el enemigo y que dió indicio de cuán otro hubiera sido el éxito de la batalla á haber habido mayor acuerdo entre los generales españoles. Mas la adquirida ventaja duró corto tiempo. En el intervalo habia crecido el desórden y la derrota en las tropas de Blake. En balde este general habia querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenia como en reserva. Estos no correspondieron á lo que su fama prometia por culpa en gran parte de algunos de los gefes. Fueron como los demas envueltos en el desórden, y caballos enemigos que subieron á la altura acabaron de aumentar la confusion. Entónces Merle mas desembarazado revolió sobre la cuarta división que habia alcanzado la ventaja arriba indicada, y flanquéandola por su derecha, la contuvo y desconcertó. Los franceses luego acometieron intrépidamente por todos lados, extendiéron-

se por la meseta ó alto de la posicion de Blake, y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no aguerridas tropas la confusion y el espanto. Individualmente hubo soldados, y sobre todo oficiales que vendieron caras sus vidas, contándose entre los mas valerosos al ilustre conde de Maceda, quien, *pródigo de su grande alma*, cual otro Paulo, prefirió arrojarse á la muerte, ántes que ver con sus ojos la rota de los suyos. Vanos fueron los esfuerzos del general Blake y de los de su estado mayor, particularmente de los distinguidos oficiales Don Juan Moscoso, Don Antonio Burriel y Don José Maldonado para rehacer la gente. Eran sordos á su voz los mas de los soldados, manteniéndose por aquel punto solo unido y lidiando el batallon de voluntarios de Navarra mandado por el coronel Don Gabriel de Mendizabal. Cundiendo el desorden no fué tampoco dable á Cuesta impedir la confusion de los suyos, y ambos generales españoles se retiraron á corta distancia uno de otro sin ser muy molestados por el enemigo; pero entre sí con ánimo mas opuesto y enconado. Tomaron el camino de Villalpando y Benavente. Pasó de 4000 la pérdida de los nuestros entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con varias piezas de artillería. De los contrarios perecieron unos 300 y mas de 700 fueron los heridos. Lamentable jornada debida á la obstinada ceguedad é ignorancia de Cuesta, al poco concierto entre él y Blake, y á la débil y culpable condescendencia de la junta de Galicia. La tro-

pa bisoña y aun el paisanage habiendo peleado largo rato con entusiasmo y denuedo, claramente mostraron lo que con mayor disciplina y mejor acuerdo de los gefes hubieran podido llevar á glorioso remate. Mucho perjudicó á la causa de la patria tan triste sucesó. Se perdieron hombres, se consumieron en balde armas y otros pertrechos, y sobre todo, se menoscabó en gran manera la confianza.

Rioseco pagó duramente la derrota padecida casi á sus puertas. Nunca pudo autorizar el derecho de la guerra el saqueo y destruccion de un pueblo que por sí no habia opuesto resistencia. Mas el enemigo con pretexto de que soldados dispersos habian hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse, murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á varias mugeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron mas de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctima del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aun á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

Bessieres, despues de avanzar hasta Benavente, Avanza Bessieres á Leon.

persiguió á Cuesta camino de Leon, á cuya ciudad llegó este el 17, abandonándola en la noche del 18 para retirarse hácia Salamanca. El general frances que habia dudado ántes si iria ó no á Pórtugal, sabiendo este movimiento y el que Blake y los asturianos se habian replegado detras de las montañas, desistió de su intento y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana. Desde el 22 abrió el mariscal frances correspondencia con Blake, haciéndole proposiciones muy ventajosas para que él y su ejército reconociesen á José. Respondióle el general español con firmeza y decoro, concluyendo los tratos con una carta de este demasiadamente vanagloriosa, y una respuesta de su contrario atropellada y en que se pintaba el enfado y despecho.¹

Su correspondencia con Blake.

(1 Ap. n. 14 bis.)

La batalla de Ríoseco, fatal para los españoles, llenó de júbilo á Napoleon, comparándola con la de Villaviciosa que habia asegurado la corona en las sienes de Felipe V. Satisfecho con la agradable nueva, ó mas bien sirviéndole de honroso y simulado motivo, abandonó á Bayona, de donde el 21 de julio por la noche salió para Paris, visitando ántes los departamentos del mediodía. No fué la vez primera ni la única en que alejándose á tiempo, procuraba que sobre otros recayesen las faltas y errores que se cometian en su ausencia.

Virgo de José á Madrid.

José, á quien dejamos á la raya de España, y pisando su territorio, el 9 de julio habia seguido su camino á cortas jornadas. A do quiera que llegaba acogíanle friamente; las calles de los pueblos estaban

en soledad y desamparo, y no habia para recibirle, sino las autoridades que pronunciaban discursos, forzadas por la ocupacion francesa. El 16 supo en Burgos las resultas de la batalla de Ríoseco, con lo que nias desahogadamente le fué lícito continuar su viage á Madrid. En el tránsito quiso manifestarse afable, lo cual dió ocasion á los satíricos donaires de los que le oian. Porque poco práctico en la lengua española, alteraba su pureza con vocablos y acento de la italiana, y sus arengas en vez de cautivar los ánimos, solo los movia á risa y burla.

El 20 en fin llegó á Chamartin á medio dia, y se apeó en la quinta del duque del Infantado, disponiéndose á hacer su entrada en Madrid. Verificóla pues en aquella propia tarde á las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor hasta Palacio. Habian mandado colgar y adornar las casas. Raro ó ninguno fué el vecino que obedeció. Venia escoltado para seguridad y mayor pompa de mucha infanteria y caballería, generales y oficiales de estado mayor, y contados españoles de los que estaban mas comprometidos. Interrumpiáse la silenciosa marcha con los solos vivas de algunos franceses establecidos en Madrid, y con el estruendo de la artillería. Las campanas en lugar de tañer como á fiesta, las hubo que doblaron á manera de dia de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron ó salieron á ver la ostentosa solemnidad. Y aun el grito de uno que prorumpió en *viva Fernando VII*, causó cierto desórden

Su entrada en la capital.

por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo el estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se había dado á Fernando VII en 24 de marzo. Asemejóse muy mucho al de Cárlos de Austria en 1710, en el que se mezclaron con los pocos víctores que le aplaudian, varios que osaron aclamar á Felipe V. Pero José no se ofendió ni de extraños clamores ni de la expresiva soledad como el austriaco. Este al llegar á la puerta de Guadalajara, torció á la derecha, y se salió por la calle de Alcalá, diciendo: „que era una corte sin gente.” José se posesionó de Palacio, y desde luego admitió á cumplimentarle á las autoridades, consejos y principales personas al efecto citadas.

Retrato de José.

Ahora no parecerá fuera de propósito que nos detengamos á dar una idea, si bien sucinta, del nuevo rey, de su carácter y prendas. Comenzarémos por asentar con desapasionada libertad, que en tiempos serenos y asistido de autoridad, si no mas legítima, por lo ménos de origen ménos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el solio, mas sí cooperado á la felicidad de España. José había nacido en Córcega, año de 1768. Habiendo estudiado en el colegio de Autum, en Borgoña, volvió á su patria en 1785, en donde despues fué individuo de la administración departamental, á cuya cabeza estaba el célebre Paoli. Casado en 1794 con una hija de Mr. Clari, hombre de los mas acaudalados de Marsella, acompañó al general Bonaparte en su prime-

ra campaña de Italia. Hallábase embajador en Roma á la sazón que sublevándose el pueblo acometió su palacio y mató á su lado al general Duphot. Miembro á su regreso del consejo de los Quinientos, defendió con esfuerzo á su hermano que entónces en Egipto era vivamente atacado por el directorio. Despues de desempeñar comisiones importantes y de haber firmado el concordato con el Papa, los tratados de Luneville, Amiens y otros, tomó asiento en el senado. Mas cuando Napoleon convirtió la Francia en un vasto campo militar y sus habitantes en soldados, ciñó á su hermano la espada, dándole el mando del cuarto regimiento de línea, uno de los destinados al tan pregonado desembarco de Inglaterra. No descolló empero en las armas, cual conviniera al que fué á domeñar despues una nacion fiera y altiva como la española. Al subir Napoleon al trono ofreció á José la corona de Lombardía que se negó á admitir, accediendo en 1806 á recibir la de Nápoles, cuyo reino gobernó con algun acierto. Fué en España mas desgraciado, á pesar de las prendas que le adornaban. Nacido en la clase particular, y habiendo pasado por los vaitenes y trastornos de una gran revolucion política, poseia á fondo el conocimiento de los negocios públicos y el de los hombres. Suave de condicion, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado á su partido las voluntades españolas, si ántes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgu-

llo. Además, la extrema propension de José á la molicie y deleites, obscureciendo algun tanto sus bellas dotes, dió ocasion á que se inventasen respecto de su persona ridículas consejas y cuentos creídos por una multitud apasionada y enemiga. Así fué que no contentos con tenerle por ébrio y disoluto, deformáronle hasta en su cuerpo, fingiendo que era tuerto. Su misma locucion fácil y florida perjudicóle en gran manera, pues arrastrado de su facundia, se arrojaba, como hemos advertido, á pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso unido á la fama exagerada de sus defectos, provocó á componer farsas populares que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron no tanto al odio de su persona como á su desprecio; afecto del ánimo mas temible para el que anhela afianzar en sus sienas una corona. Por tanto, José, si bien enriquecido de ciertas y laudables calidades, carecia de las virtudes bélicas y austeras que se requerian entónces en España, y sus imperfecciones, débiles lunares en otra coyuntura, ofrecianse abultadas á los ojos de una nacion enojada y ofendida.

Su proclamacion,

Los pocos dias que el nuevo rey residió en Madrid, se pasaron en ceremonias y cumplidos. Señalóse el 25 de julio para su proclamacion. Prefirieron aquel dia por ser el de Santiago, creyendo así agradar á la devocion española que le reconocia como patron del reino. Hizo las veces de alferez mayor el conde de Campo de Alange, estando ausente

y habiendo rehusado asistir el marqués de Astorga, á quien de derecho competia.

Todas las autoridades, despues de haber cumplimentado á José, le prestaron con los principales personajes juramento de fidelidad. Solo se resistieron el consejo de Castilla y la sala de alcaldes. Muy de elogiar seria la conducta del primero, si con empeño y honrosa porfia se hubiera ántes constantemente opuesto á las resoluciones de la autoridad intrusa. Habia sí á veces suprimido la fórmula, al publicar sus decretos, de que estos se *guardasen y cumpliesen*, pero imprimiéndose y circulándose á su nombre: el pueblo, que no se detenia en otras particularidades, achacaba al consejo y vituperaba en él la autorizacion de tales documentos, y los hombres entendidos deploraban que se sirviese de un efugio indigno de supremos magistrados. Porque al paso que doblaban la cerviz al usurpador, buscaban con sutilezas é impropios ardides un descargo á la severa responsabilidad que sobre ellos pesaba: proceder que los malquistó con todos los partidos.

Desde la llegada de José á España habíase ordenado al consejo que se dispusiese á prestar el debido juramento. En el 22 de julio expresamente se le reiteró cumpliese con aquel acto, segun lo prevenido en la constitucion de Bayona, la cual ya de antemano se le habia ordenado que circulase. El consejo, sabedor de la resistencia general de las provincias, y previendo el compromiso á que se ex-

Su reconocimiento.

Consejo de Castilla.

ponia, habia procurado dar largas, y no ántes del 24 respondió á las mencionadas órdenes. En dicho dia remitió dos representaciones que abrazaban ambos puntos, el del juramento y el de la constitucion. Acerca de la última expuso: „Que él no re-
„presentaba á la nacion, y sí únicamente las cór-
„tes, las que no habian recibido la constitucion.
„Que seria una manifiesta infraccion de todos los
„derechos mas sagrados, el que tratándose, no ya
„del establecimiento de una ley, sino de la extin-
„cion de todos los códigos legales y de la formacion
„de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia
„antes que la nacion los reconociese y aceptase.”
Justa y saludable doctrina, de que en adelante se desvió con frecuencia el mismo consejo.

Hasta en el presente negocio cedió al fin respecto de la constitucion de Bayona, cuya publicacion y circulacion tuvo efecto con su anuencia en 26 de julio. Animáronle á continuar en la negativa del pedido juramento los avisos confidentiales que ya llegaban del estado apurado de los franceses en Andalucía: por lo cual el 28 insistió en las razones alegadas, añadiendo nuevas de conciencia. A unas y á otras le hubiera la necesidad obligado á encontrar salida y someterse á lo que se le ordenaba, segun ántes habia en todo practicado, si grandes acontecimientos allende la Sierra-morena no hubieran distraído de los escrúpulos del consejo y suscitado nuevos é impensados cuidados al gobierno intruso.

Al llegar aquí, de suyo se nombra la batalla de Bailen: memorable suceso, que exige lo reframos circunstanciadamente.

No habrá el lector olvidado como Dupont, des-
pues de abandonar á Córdoba, se habia replegado á Andújar, y asentando allí su cuartel general, sucesivamente habia recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada y para impedir la, se habia formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponia á que este se realizase, pensando quizá fundadamente que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retrógrado el intento que habia habido de rodearle. Alentáronse los nuestros, y solo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. Inclínase á adoptarle la junta de Sevilla, hasta que arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban á unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños, desde que habia tomado el mando del ejército de Andalucía, habia tratado de engrosarle, y disciplinar á los innumerables paisanos que se presentaban á alistarse voluntariamente. En Utrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron unas en pos de otras todas las fuerzas, así las que venian de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Echávarri habian peleado en Alcolea. No tardaron mucho las

Acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen.

acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen.

de Granada en aproximarse y darse la mano con las demas. Para mayor seguridad rogó Castaños al general Spencer, quien con 5000 ingleses, segun se apuntó, estaba en Cádiz á bordo de la escuadra de su nacion, que desembarcase y tomase posicion en Jerez. Por entónces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar á Ayamonte y sostener la insurreccion de Portugal. No tardó sin embargo el ingles en volver y desembarcar en el puerto de Santa Maria, en donde permaneció corto tiempo sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Distribucion
del ejército es-
pañol de An-
dalucía.

Puestos de inteligencia los gefes españoles, dispusieron su ejército en tres divisiones con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera Don Teodoro Reding con la gente de Granada; la segunda el marques de Coupigny, y se dejó la tercera á cargo de Don Felix Jones que debia obrar unida á la reserva capitaneada por Don Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendia á 25000 infantes y 2000 caballos. A las órdenes de Don Juan de la Cruz habia una corta division, compuesta de las compañías de cazadores de algunos cuerpos, de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendia á 1000 hombres. Tambien Don Pedro Valdecañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles avanzando se extendieron desde el 1.º de julio por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses para buscar víveres y cubrir su flanco habian al propio tiempo enviado

á Jaen al general de brigada Cassagne con 1500 hombres. A las once del mismo dia acercándose los franceses á la ciudad, tuvieron varios reencuentros con los nuestros, y hasta el 3 que por la noche la desampararon estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos y ya con el regimiento de suizos de Reding y voluntarios de Granada que habian acudido á la defensa de los suyos. Dupont, sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, habia ordenado á Cassagne que retrocediese, y así se libertó Jaen de la ocupacion de unos soldados que tanto daño le habian ocasionado en la primera.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Porcuna el 11 de julio los gefes españoles un consejo de guerra en el que se acordó el plan de ataque. Conforme á lo convenido debia Don Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Mengibar y dirigirse sobre Bailen, sosteniéndole el marques de Coupigny que habia de pasar el rio por Villanueva. Al mismo tiempo Don Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera division y reserva y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debia ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de Don Juan de la Cruz, quien atravesando por el puente de Marmolejo, que aunque cortado anteriormente estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

Consejo celebrado para atacar á los franceses.

El 13 se empezó á poner en obra el concertado

movimiento, y el 15 hubo varias escaramuzas. Dupont inquieto con las tropas que veía delante de sí, pidió á Vedel que le enviase de Bailen el socorro de una brigada; pero este no queriendo separarse de sus soldados, fué en persona con su division, dejando solamente á Liger-Belair con 1300 hombres para guardar el paso de Mengíbar. En el mismo 15 los franceses atacaron á Cruz, quien después de haber combatido bizarramente, se transfirió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, ó sea del lado de Castaños, sino un recio cañoneo; pero fué grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empeñado en el propio dia el general Reding.

Accion de
Mengíbar.

Segun lo dispuesto trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posicion de Mengíbar, á las cuatro de la mañana cruzó el rio á media legua por el vado apellidado del Rincon. Le desalojó de todos los puntos, y obligó á Liger-Belair á retirarse hácia Bailen, de donde volando á su socorro el general Gobert, recibió este un balazo en la cabeza, de que murió poco después. Cuerpos nuevos como el de Antequera y otros se estrenaron aquel dia con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general Don Francisco Javier Abadía. Nada embarazaba ya la marcha victoriosa de los españoles; mas Reding como prudente capitán suspendió perseguir al enemi-

go, y repasando por la tarde el rio, aguardó á que se le uniese Coupigny. Pareció ser dia de buen agüero porque en 1212 en el mismo 16 de julio, segun el cómputo de entónces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de allí poco distante: siendo de notar que el parage en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aun conserva el nombre de Campo de Matanza, fué el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro determinó Dupont que Vedel tornase á Bailen, y arrojase los españoles del otro lado del rio. Empezaba el terror á desconcertar á los franceses. Aumentóse con la noticia que recibieron de lo ocurrido en Valencia, y por do quiera no veian ni soñaban sino gente enemiga. Así fué que Doufour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Mengíbar, y temerosos de que los españoles mandados por Don Pedro Valdecañas, que habian acometido y sorprendido en Linares un destacamento frances, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen después sostenidos por la division victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailen, caminaron á Guarroman tres leguas distante. Ya se habian puesto en marcha cuando Vedel de vuelta de Andújar llegó al primer pueblo, y sin aguardar noticia ni aviso alguno, recelándose que Doufour y su compañero pudiesen ser atacados,

prosiguió adelante, y uniéndose á ellos avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al dia siguiente de la gloriosa accion que habia ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el rio en la tarde del 17, é incorporándosele al amanecer el marques de Coupigny, entraron ambos el 18 en Bailen. Sin permitir á su gente largo descanso, disponíanse á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habian quedado en los visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de priesa y silenciosamente caminaban. Habia el frances salido de Andújar al anochechar del 18, despues de destruir el puente y las obras que para su defensa habia levantado. Escogió la obscuridad deseoso de encubrir su movimiento, y salvar el inmenso bagage que acompañaba á sus huestes.

Abria Dupont la marcha con 2600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañoslos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles que estaban reunidos en una almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de sí eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus piés á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del 19.

Batalla de
Bailen, 19 de
julio.

Eran en efecto fuegos de tropas francesas que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parages. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y D. Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demas tropa ya puesta en camino volvia á colocarse en el sitio que ántes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones en que se habia distribuido la fuerza española allí presente, estaban al mando de los generales Reding, y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba, y le desalojaron. Rotó este enteramente, se acogió al puente, y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terre-

no perdido, y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español en donde estaba Don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado; pero auxiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles Don José Juncar y Don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara ántes mencionada.

A las doce y media de la mañana Dupont lleno de enojo púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojó romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni sa-

lida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, Don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastantemente. Castaños debió fardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á Don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando: habia ántes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correría, no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufour permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeña-Perros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborar del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partía el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding, envió al frances un parlamento con la nueva de lo